

La primera parte, *Tras la huella del misterio*, recoge las aportaciones situadas en torno a la fenomenología de la religión, la historia de las religiones y la filosofía de la religión. Contiene los siguientes artículos: *Presencia inobjetiva: la fenomenología de la religión de Juan Martín Velasco* (Pedro Rodríguez Panizo); *Dios naciente* (Jesús García Recio); *El deseo como apertura y acceso a Dios. Una interpretación de La acción de M. Blondel como una fenomenología del deseo* (Gabriel Amengual); *Hablar del Absoluto. La actualidad de Karl Jaspers* (José María Mardones); *El misterio en el rostro del Padre* (José Luis Sánchez Nogales); y *Actitud ética y fe en Dios* (José Gómez Caffarena).

La segunda, *El encuentro con Dios*, agrupa las siguientes aportaciones, referidas a la experiencia de Dios y al fenómeno místico: *La misteriofania como mandamiento* (Miguel García-Baró); *Simone Weil: mística y teodicea* (José Ignacio González Faus); *La singular relación entre misericordia, justicia y omnipotencia divinas en Tomás de Aquino* (Manuel Gesteira Garza); y *La oración en la obra de Juan Martín Velasco* (Felisa Elizondo).

La tercera, *El anuncio del Evangelio*, recoge los siguientes artículos, referidos a la preocupación evangelizadora y pastoral: *Dimensión pastoral de la teología* (Casiano Floristán); *El instituto Superior de Pastoral. Una historia* (Luis Maldonado); *Presencia pública del hecho cristiano en una sociedad democrática y plural* (Julio Lois); y *Celebrar la fe y la vida. El sujeto de la celebración cristiana* (Felicísimo Martínez Díez).

Y, finalmente, la cuarta parte, *Al servicio de los hombres*, incorpora las aportaciones referidas a la formación de sacerdotes, seminaristas y otros agentes de pastoral: *Un rector para el Seminario de*

Madrid (Antonio Ávila); *Juan Martín Velasco: testigo-formador en la coherencia evangélica* (José María Avendaño Perea); *La Iglesia, la marginación y el «efecto 2015»* (José Luis Segovia); *Anotaciones a propósito de la formación de candidatos al presbiterio* (F. Javier Vitoria Cormenzana); *Los «ejercicios de mes» de Pedreña: una tradición de 60 años* (Alfonso Álvarez Bolado).

Las colaboraciones del volumen revisten diverso valor y merecerían un juicio específico, que lógicamente no es posible afrontar aquí. *Nostalgia de infinito* es una publicación que, como su mismo título sugiere, alude a ese profundo anhelo de Dios que late en todo hombre y que la fenomenología y filosofía de la religión tratan de desentrañar.

Francisco Gallardo

Antonio MALO PÉ, *Antropología de la afectividad*, EUNSA («Ciencias para la familia»), Pamplona 2004, 238 pp., 18 x 25, ISBN 84-313-2155-5.

En ocasiones, el intento de análisis de los sentimientos humanos ha derivado hacia aproximaciones ensayísticas, de indudable interés, pero difícilmente operativas de cara a una sistematización coherente. El presente libro presenta una meritoria investigación de la afectividad humana, de modo riguroso y sistemático, ofreciendo un coherente método de estudio de los fenómenos afectivos. De este modo no sólo es capaz de proponer un modelo de «objetivización» teórico, sino yendo más allá, ofrecer una orientación eficaz para la configuración de la propia personalidad.

Es cierto que nada nos resulta más familiar y cercano que la vivencia afectiva

tiva con la que se colorea la percepción subjetiva de la realidad. Sin embargo, esa misma subjetividad dificulta la toma de distancia frente al objeto de estudio, y puede llevar a pensar que el mundo de la afectividad es irreductible a una comprensión racional. Pero renunciar a su comprensión equivale a renunciar al modo más específicamente humano de hacerse cargo de la realidad y del hombre mismo. En definitiva, renunciar comprender la afectividad supone la renuncia a integrar los afectos en la vida personal humana. Asumir esa actitud «irracionalista» puede llevar incluso a concluir que son los afectos los que configuran la propia existencia con un carácter casi fatal. Si se adopta esta perspectiva no es de extrañar que sea el movimiento romántico el que con más vigor exalta la pasión y la libertad humana, y al mismo tiempo escenifique el trágico poder del destino ciego.

Por esta razón se hace preciso abordar dentro de la antropología el análisis de la afectividad: la «objetivación» de los fenómenos emocionales es el primer paso para su educación. Los afectos no son pura irracionalidad, y por eso la libertad juega un papel decisivo en la configuración armoniosa de las emociones, mediante la virtud. No se trata, como recuerda el A. prosiguiendo la tradición aristotélica, de anular los afectos mediante un poder despótico sino de integrarlos mediante un dominio «político» en la vida personal.

El libro se encuentra dividido en cinco capítulos. Los dos primeros capítulos se centran en los aspectos metodológicos. Para el A., principalmente son dos las posturas metodológicas adoptadas por la antropología: la aproximación cartesiana de las pasiones (considerando la afectividad como un asunto de análisis de la conciencia), y el

conductista, que en su intento de «objetivar» la afectividad acaba reduciéndola a sus manifestaciones somáticas, es decir, a pura exterioridad observable. Pero desde estas dos perspectivas resulta difícil integrar la afectividad en una antropología en donde se reconozca la unidad corpóreo-espiritual del ser humano; y además no da cuenta de la complejidad psicosomática de los fenómenos afectivos. Por esta razón, en el segundo capítulo al hilo de la reflexión anterior propone un método —arraigado en el pensamiento clásico— con el que integrar la subjetividad personal y aquello que no es reducible a lo meramente subjetivo.

La propuesta del autor se mueve en la línea de ahondar y recuperar la teoría de las pasiones y apetitos derivados de la antropología aristotélico-tomista. De esta manera se recupera la unidad psicosomática del hombre, pero sin anular ninguno de los dos extremos. La libertad permite el dominio del apetito inferior, pero el apetito superior no consiste en una pura indiferencia ante el bien, sino una tendencia al verdadero bien: la felicidad, a la que está orientada naturalmente la voluntad como horizonte insaturado de nuestro obrar. El cuarto capítulo es un análisis de las tendencias humanas (instintos y tendencias) donde se tienden puentes con la antropología personalista, que también se ha percatado de las insuficiencias antropológicas de la psicología racionalista. En el quinto capítulo se analiza el papel de las tendencias espirituales (razón y voluntad) en el acto voluntario y de qué manera incide en el mundo de la afectividad. El sexto y último capítulo, está dedicado, como corolario, a la integración de la afectividad en la vida virtuosa y en la felicidad humana, en donde se evidencia la apertura trascendente de las facultades espirituales humanas.

En definitiva, nos encontramos sin duda frente a una propuesta antropológica seria, por sus minuciosos análisis y por las interesantes aportaciones personales al estudio de la afectividad. Es evidente que este libro no pretende ser la última palabra sobre el tema, pero sí puede constituir la primera lectura para el que quiera adentrarse de modo riguroso en la afectividad humana desde una perspectiva antropológica.

José Ángel García-Cuadrado

Margarita MAURI, *El conocimiento moral*, Rialp («Vértice»), Madrid 2005, 153 pp., 14 x 20, ISBN 84-321-3545-3.

La presente obra trata de poner sobre el tapete, un problema fundamental de la filosofía moral: la cuestión del origen y modo del conocimiento moral. Tal asunto ha sido, desde luego, tratado por todos los pensadores éticos serios, con tanto mayor empeño como tomado con ligereza por la literatura ética superficial. Bien podría ello constituir, por cierto, una señal del rigor y profundidad de un discurso moral. Como muestra bien la autora, además, el conocimiento moral se revela como una pieza teórica fundamental de todo edificio filosófico ético, por cuanto descubre aspectos fundamentales de la ontología que el respectivo filósofo concibe.

El estudio se inicia con una introducción, en la que se pone de relieve con acierto la importancia del tema en cuestión. A continuación se exponen diversas concepciones del conocimiento moral agrupadas en tres conjuntos: las que lo fundan en el sentimiento (la escuela escocesa del sentido moral y Hume), en la intuición (la fenomenología de Brentano y Scheler) y en la *syndéresis* (Aristóteles y Sto. Tomás). La exposición de estas doctrinas resulta clara

y de gran utilidad. Nos parece especialmente acertado distinguir la concepción fenomenológica del sentimentalismo anglosajón, pero no cabe olvidar la corriente intuicionista que también en ese ámbito se ha dado (de la mano de W.D. Ross). Por otra parte, se echa de menos un apartado dedicado al conocimiento moral según Kant, de indudable seriedad e influjo. Quizá su exposición, aparte del interés que de suyo posee, hubiera contribuido, por contraste, a una mejor inteligencia del conocimiento moral fenomenológico.

Finalmente, a modo de conclusión, la autora acomete la difícil tarea de valorar comparadamente los intentos de explicación antes descritos. El fruto de ese esfuerzo resulta un interesante y sugerente estímulo para adentrarse en el problema discutido, así como en el seno mismo de las doctrinas ponderadas. Las conclusiones presentadas reflejan la claridad y el conocimiento que posee la autora, pero a nadie se le oculta que, por tratarse de sistemas filosóficos globales tan dispares los que se comparan, difícilmente parecerá exacto a todo lector el balance conclusivo. De modo inevitable, como es sabido, en toda comparación un pequeño matiz de contraste puede dar un aire peculiar a todo el cuadro. En concreto y en nuestra opinión, la crítica de la postura fenomenológica en favor del llamado realismo (de la doctrina de la *syndéresis*), sin ser desacertada, deja en la sombra a la denominada «fenomenología realista» y a lo mejor que el entero intuicionismo del valor ha aportado a la historia de la filosofía moral. En ocasiones nos da la impresión de que en el cotejo de ambas doctrinas se han resaltado más las diferencias que los puntos en común. Sin embargo, sería injusto achacar esta limitación al presente trabajo, pues se debe mayormente, pensa-